

*Frente a la opción monumentalista,
Torroja defendía la idea de industrializar
la construcción de la vivienda*

(Sambricio 2003b: 67)

INTRODUCCIÓN

Una vez concluí el análisis de toda la documentación empleada en esta investigación, me suscitó no pocas incertidumbres sobre, cómo o de qué manera, debía de cuantificar la trascendencia que tuvo un tema, a mi entender, determinante en el devenir urbanístico y arquitectónico de Bilbao -durante buena parte de los denominados años del Desarrollismo Económico- bajo la dictadura de Franco: el pensamiento científico. Teniendo en cuenta, que todo análisis, en torno a esta tesis, ha quedado, si no postergado del todo, sí lo ha sido en buena parte de los grandes debates de la historiografía contemporánea. Tal vez fue debido a que, durante esos años, sus propios dirigentes venían argumentando que no tenía razón de ser dicha polémica, mientras ellos trataron de resolver tanto el crecimiento desmesurado de la ciudad como el problema del déficit habitacional por los medios que ellos consideraron más oportunos. Es decir, los más tradicionales.

Uno de los principales obstáculos con los que se enfrentaron desde Bilbao quienes trataron de suscitar un más que anhelado progreso tecnológico en el mundo de la construcción, fueron las enormes carencias materiales propias de la época, a la que se aunaba la ausencia de una cultura científica, tanto entre los técnicos profesionales como entre los políticos y empresarios locales. Coincidió también con los años de los mayores movimientos migratorios del ámbito rural hacia las grandes urbes, es decir, se encontraron los dirigentes bilbaínos con una mano de obra, tan abundante y con tan poca cualificación como la que existía en el sector de la construcción. Gran parte de la iniciativa, tanto pública como privada, llegó a asegurar en reiteradas ocasiones, un pensamiento repetido una y otra vez desde los medios de comunicación: ¿para qué invertir en ciencia y tecnología si los progresos no eran inmediatos? Ellos, cuando se referían al progreso, entendiéndame, querían decir, tanto solucionar un más que grave problema como hacerlo lo más rápido posible, sin entrar a considerar ni las políticas científicas a largo plazo ni las cuantiosas inversiones económicas necesarias para que estas fueran factibles. Además de desarrollarse esta realidad, a lo largo de los considerados a día de hoy por no pocos historiadores como, unos decepcionantes años del Desarrollismo Económico y Social, por lo que hubieran podido llegar a ser y finalmente no lo fueron, desde el punto de vista del progreso tecnológico.

Hubo, sin embargo, hasta dos supuestos que surgieron en este proceso de investigación, los cuales valoro que están por encima de los demás y que podemos tacharlos de fundamentales para tratar de comprender aquella realidad. En primer lugar, pretendemos plantear como hipótesis, la trascendencia que tuvo el pensamiento del profesor Eduardo Torroja, en una faceta tan determinante, como fue, en varios de los avances científicos que se suscitaron en Bilbao, en torno al mundo de la construcción. Porque simplemente recuerden su más que valiosa labor de puente entre los Estados Unidos y la España de Franco. Esto sucedió, no solo a través de la valiosa herencia que dejó, como fueron, tanto el propio Instituto Técnico de la Construcción, como algunas de las valiosas ideas que editó en algunas de las publicaciones más notorias de dicha institución, sino también por medio de los tres fundamentos que estableció en sus escritos como premisas universales, con el fin de que se suscitase un auténtico progreso en ámbitos del pensamiento, tanto arquitectónico como urbanístico, en cualquier ciudad española que decidiese tomar la senda científica. Para ello, Torroja, llegó a sostener, que era preciso cumplir con al menos tres axiomas: el primero de ellos, disponer de unos modernos laboratorios desde donde poder realizar los ensayos e investigaciones que suscitasen los innovadores avances tecnológicos, tanto de sistemas como de materiales. El segundo, dotarse de un espacio para, además de poder exponer todos los progresos científicos y tecnológicos adquiridos, también fuera lugar para el conocimiento y el debate en torno a problemas tan graves como el de la vivienda. El tercero, proveerse de un instrumento de información, de divulgación, tanto de la teoría como de la praxis, lo mismo de las experiencias locales y extranjeras, que de los propios éxitos alcanzados. Lo que nos llevó a reivindicar que, desde Bilbao, teóricamente sí cumplieron con la metodología propuesta por Eduardo Torroja, y parte de sus principios -aunque en ciertos momentos pudiesen parecer aleatorios-, resultaron ser todo un referente científico a seguir.

De hecho, hubo por parte de, al menos un cierto número de dirigentes, promotores y técnicos bilbaínos, la creencia de considerar como una posibilidad más que factible, al manifestar la trascendencia que había ido adquiriendo la investigación en todo progreso científico. Todo ello fue debido a la, cada vez mayor industrialización de las

técnicas, a la búsqueda de nuevos instrumentos, como aquellos sistemas constructivos que permitirían edificar viviendas masivamente, a gran escala y a bajo precio, para resolver, entre otros, el grave problema del déficit habitacional que sufría tanto Bilbao como todas las poblaciones en torno a la ría del Nervión. Por todo ello, lo que pretendemos demostrar es que, desde Bilbao, sí hubo quienes llegaron a entender que la solución a estos problemas, llegarían únicamente a través de una intensa labor de investigación. Lo que requería, en primer término, de la obtención de unos modernos laboratorios para investigar, que servirían para verificar no solo las teorías, sino también para obtener un mayor conocimiento de los materiales, una mejora de las condiciones de eficiencia y una economía de los sistemas de construcción industrializada. Entre otras pautas, se estudiarían desde estos centros, las experiencias de aquellos países más avanzados en estas materias y, tras una profunda labor de investigación, elaborarían los sistemas constructivos, pero con un importante cambio, es decir, con la posibilidad de generar sus propias patentes. Por lo que llegaron a proponer que se resaltarán, a través de todos los sistemas posibles, cuáles serían las múltiples ventajas de adquirir un pensamiento netamente científico para, acto seguido, tratar de intensificar su enseñanza, así como fomentar la inquietud por la ciencia y el orgullo por los éxitos logrados. En esa misma línea hubo otra serie de premisas que se pretendieron sustentar, como fue la de analizar los avances suscitados para, inmediatamente después, trazar una línea de investigación, su ejecución y la aplicación práctica de los resultados de dichas investigaciones. Acto seguido, se suscitaría, tanto su difusión como su enseñanza. Entiéndanme, en teoría, la ciencia y la tecnología no tendrían otra función que la de estar al servicio del progreso de la sociedad bilbaína.

Torroja ya sustentó que para progresar en el conocimiento científico era preciso adoptar como modelo el ejemplo de los laboratorios americanos, pero por una razón muy sencilla: porque al hacerlo tratarían de reproducir los éxitos de aquellas instituciones que visitaron y con las que mantuvieron una estrecha relación, es el caso de la Universidad de Harvard, Princeton, Raleigh o del Massachusetts Technical Institute, entre otras. Sabedores de que todas estas universidades poseían unos potentes centros de investigación y que, para verificarlo, únicamente era preciso cuantificar los conocidos éxitos de los múltiples inventos salidos de estas instituciones que invadían los mercados, en forma de nuevos materiales, sistemas y productos, a nivel internacional. Basándose en esas pre-

misas, desde Bilbao sí hubo quien llegó a defender el suscitar una actitud de mimesis. Porque la norteamericana era una sociedad que no solo fascinaba por sus extraordinarios progresos científicos y tecnológicos, ya que rendía culto a la investigación y a la productividad, sino también porque sostenía, entre otras premisas, una mayor especialización en la investigación, fomentaban la labor de los equipos multidisciplinarios, además de promover un profundo cambio de mentalidad. Hubo quienes, se plantearon como enunciación de una nueva política, la necesidad de reproducir no solo sus sistemas, sino también toda una serie de actitudes científicas: desde ser revolucionarios hasta crecerse ante la complejidad. Gracias a este método, sustentado en el pensamiento netamente científico, abrigaron la creencia de que llegarían a ofrecer toda clase de servicios y de beneficios, a todo género de ámbitos, incluidos los industriales, de tanta transcendencia en Bilbao y su zona de influencia.

En segundo lugar, y no por ello menos importante, pretendemos plantear como hipótesis, la existencia de una reivindicación, tanto por parte de una serie de jóvenes arquitectos e ingenieros como por parte de algunos políticos, financieros y empresarios locales, quienes tras viajar a los Estados Unidos a lo largo de los años 50, trataron que Bilbao obtuviera, -ante lo que ellos consideraron eran tiempos de ruptura con su pasado arquitectónico más inmediato-, una moderna estética lo más similar posible a algunas de las principales urbes que visitaron y que tacharon de verdaderos iconos de la arquitectura moderna americana. No se trataba sino de transformar lo que ya consideraban una saturada y problemática ciudad industrial, por una moderna y funcional. Y se basarían en una simple pero, hasta ese momento, efectiva premisa aplicada también en otras ciudades e incluso en otros países: a través de la reproducción de algunos de los símbolos de la arquitectura moderna americana. Recuerden, cuya pretensión final no fue otra que tratar de hacer de Bilbao la gran metrópoli del Norte. Precisamente, para ello se han estudiado los principales instrumentos que se suscitaron para que se cumpliera dicha premisa. Fue tanto más que evidente que, en distintos momentos, se adoptaron y reprodujeron algunos de los principales símbolos arquitectónicos e ingenieriles de un país que era mercantilizado en la sociedad bilbaína, tanto por las autoridades como por la prensa local, cual sinónimo de modernidad y de éxito en todos los ámbitos imaginables. No obstante, todo ello también nos lleva a cuestionarnos: ¿para Bilbao cuáles fueron las consecuencias de dichas pretensiones?